

833
9

10227

17

So

v2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ISABEL DE BAVIERA.

XVI.

Los celos de Carlos VI.

Si al lector le place seguirnos, preciso será que salte con nosotros el intervalo de diez años que han transcurrido desde el asesinato del duque de Orleans y la época en que volvemos á anudar el hilo de esta historia. Los mismos diez años, que son mucho en la vida del hombre, apenas llegan á ser algo en el transcurso de los tiempos; nos lisonjemos, pues, que considerando el lector la dificultad de decirlo todo sin traspasar los límites que nos hemos propuesto, disimulará el salto que acabamos de dar.

Acababan de dar las siete de la mañana de uno de los últimos días de Mayo del año 1417, á tiempo que bajaban el puente levadizo de la puerta de San Antonio, para que saliera de la noble ciudad de París una cuadrilla de gentes á caballo, que sin detenerse tomó el camino de Vincennes. Dos hom-

bres venían á la cabeza : los otros, más que amigos ó compañeros, parecían gente de la comitiva, pues venían á alguna distancia detrás, acortando ó alargando el paso con manifiestas señales de respeto, según lo acortaban ó alargaban los dos personajes, de los que vamos á procurar dar una idea al lector.

El que venía á la derecha del camino cabalgaba en una mula española de un paso castellano tan igual y tan suave, que no parecía sino que había adivinado el animal la debilidad del amo. Este, que apenas rayaba en los cincuenta años, parecía ya sin embargo un viejo, y más que viejo, un hombre que había sufrido mucho. Era tal la confianza que tenía en su montura, que abandonaba la brida frecuentemente para apretarse con ambas manos la cabeza, como impelido, al parecer, por un movimiento convulsivo. Á pesar del aire de la mañana, frío todavía en aquella estación, y de la neblina que estaba agarrada en los valles, llevaba su caperuza colgada del arzón de la silla, sin que ningún abrigo guarneciese su cabeza del rocío, cuyas cristalinas gotas se veían pender de sus blancos y escasos cabellos, que descendiendo de las sienas, caían por ambos lados de su rostro enjuto, pálido y melancólico. Muy lejos de incomodarle la

frescura del rocío, veíase, por el contrario, palpablemente el gusto con que lo estaba recibiendo en su calva, y era fácil adivinar el alivio que con aquellas perlas heladas recibían sus dolores, los que frecuentemente le obligaban á repetir el movimiento que, según hemos indicado, parecía serle habitual.

Por lo que hace á su traje, ninguna particularidad lo distinguía del que usaban en aquella época los señores mayores. Componíase de una especie de bata de terciopelo negro, abierta por delante, guarnecida y forrada de pieles blancas mosqueadas de negro, cuyas anchas mangas abiertas y perdidas, dejaban salir por aberturas las estrechas de una ropilla de brocado de oro, cuya riqueza y elegancia habían disminuído considerablemente los largos y antiguos servicios que toda ella estaba atestiguando haber hecho á su propietario. Debajo de esta bata y fuera de los estribos, iban colgando los pies del caballero, metidos en una especie de botas forradas de pieles y muy puntiagudas; era tal y tan continuo el movimiento de las piernas del jinete, que sin duda hubiera acabado con la paciencia del pacífico animal, en quien tan completamente confiaba, si no se hubiera tomado la precaución de quitar las espuelas doradas y agudas,

que en aquellos tiempos eran el distintivo de los señores y caballeros.

Estamos convencidos que les costará á nuestros lectores algún tanto el reconocer, por la descripción que acabamos de hacer, tan diferente de la que hicimos del mismo personaje al principio de esta obra, al rey Carlos VI, que á la sazón se dirigía á visitar á la reina, residente por entonces en Vincennes; mas también no dudamos que el lector no extrañará esta diferencia, considerando que, como hemos dicho, diez años son mucho en la vida del hombre, y que en los diez años que acaban de transcurrir todo había ido de mal en peor en el reino de Francia.

Á su lado y casi emparejando con él, venía un caballero de estatura colosal, armado de punta en blanco y jinete sobre un brioso caballo, cual si fuese á entrar en reñida pelea: la flexibilidad con que se prestaba su armadura, de más solidez que elegancia, á todos sus movimientos, atestiguaba bien á las claras la habilidad del armero milanés que la había construído. Colgaban de los arzones de la silla de guerra, en el derecho una pesada y dentada maza de armas, que por algunos restos podíase colegir que había tenido mil embutidos de oro, los que habían desaparecido, merced al fre-

cuente contacto que le había hecho tener su amo con los cascos enemigos, sin que semejante pérdida le disminuyese en lo más mínimo su solidez. En el opuesto lado y como para contrabalancear su peso, venía prendida de una manera no menos respetable bajo todos aspectos, una espada, cuya hoja, muy ancha junto á la guarnición, iba disminuyéndose gradualmente hasta quedar como la de un puñal; iba encerrada en una vaina, que por las muchas flores de lis que en ella se veían, se conocía pertenecer al condestable. Si su dueño la hubiese sacado de donde dormía en paz en aquel instante, sin duda sus abolladuras hubiesen probado los muchos mandobles, tajos y reverses que con ella se habían descargado; pero á la sazón iban ambas armas, más por necesidad que por mera precaución, á la manera con que día y noche queremos tener á nuestro lado aquellos fieles servidores de toda confianza para poder echar mano de ellos en caso de peligro.

Mas, como llevamos dicho, ninguno amenazaba por el momento á nuestros viajeros; y si bien es cierto que el rostro del caballero que estamos describiendo parecía algún tanto taciturno, era muy fácil conocer que semejante expresión era el resultado de no poder desechar una idea fija, y de

ningún modo el de la impresión de una inquietud momentánea; tal vez también contribuía á aumentar la dureza de sus facciones la sombra que sobre su rostro describía la celada del casco. Sin embargo, podíase conocer por su nariz aguileña fuertemente pronunciada, por su tostada tez en las guerras de Milán, por la cicatriz que le dividía la mejilla, y de la que ambos extremos se perdían, el uno en el arco que formaban sus anchas cejas negras, y el otro en el nacimiento de una barba espesa y canosa, que el alma que habitaba aquel forro de hierro estaba hecha tan á prueba y era tan inflexible como el mismo acero.

Si no bastase el retrato que acabamos de trazar para que nuestros lectores reconozcan á Bernardo VII, conde de Armañac, de Rouergue y de Fezenzac, condestable del reino de Francia, gobernador general de la ciudad de París, capitán de todas las plazas fuertes del reino, con solo volver la vista hacia la pequeña escuadra que le seguía podrán ver en medio de ella un escudero con sayo verde y cruz blanca, que lleva el escudo de su amo: verán igualmente los cuatro leones de Armañac en el centro de este escudo superados de una corona de conde, y al verlos se disiparán sus dudas por poco que entiendan la ciencia heráldica, muy generalmente

conocida en aquella época, y muy generalmente olvidada en la nuestra.

Los dos caballeros habían caminado en silencio desde la puerta de la Bastilla hasta la encrucijada de dos caminos, de los que el uno conducía al convento de San Antonio y el otro á la Cruz-Faubin; mas al llegar aquí la mula del rey, abandonada como dejamos dicho á su propia inteligencia, se paró en medio del camino. El animal, acostumbrado á ir unas veces á Vincennes, adonde á la sazón se dirigía el rey, y otras al convento de San Antonio, en donde frecuentemente iba á rezar sus oraciones, esperaba que una indicación de su caballero le hiciese conocer cuál de los dos caminos debía tomar. Mas el rey estaba en uno de esos momentos de atonía, en los que ni aun fuerzas le quedaban, como en el presente, para adivinar lo que le preguntaba su montura; así es que se quedó inmóvil sobre ella en el mismo paraje donde se había parado, sin que ningún cambio indicase en él que hubiera conocido que había pasado repentinamente del movimiento á la inmovilidad.

El conde Bernardo procuró sacar al rey de su distracción dirigiéndole la palabra, pero fué inútil. Pasó adelante con su caballo esperando que la testaruda bestia le siguiese, pero quedó chasquea-

do; pues levantando ésta la cabeza, sacudió los cascabeles que adornaban su cuello y se quedó inmóvil viendo cómo se alejaba. No pudiendo llevar ya con paciencia tanta dilación, saltó del caballo, dió las bridas al escudero y se dirigió hacia el rey; tan grande era en aquel tiempo el respeto que se tenía á los reyes, que á pesar de su poder, solo pie á tierra se atrevió á tocar el freno para dirigir la mula del pobre é imbécil Carlos; pero tanto respeto y tan buenas intenciones no vieron coronados con un feliz éxito sus esfuerzos, porque apenas vió el rey que un hombre se apoderaba de la brida de su montura, dió un grito penetrante, y buscó la espada y puñal en el sitio donde debían ir pendientes; mas al verse sin sus armas prorrumpió en nuevos gritos con voz ronca y conmovida por el terror.

— ¡Aquí!... ¡pronto, auxiliadme hermano mío!... ¡Corre, soy perdido, la fantasma me persigue!...

— Mi dueño y señor, dijo Bernardo de Armañac suavizando cuanto le fué posible su bronca voz, ¡pluguiera á Dios y al Santo Apóstol Santiago que vuestro hermano no hubiese muerto! No porque necesitáis de sus socorros, porque gracias á Dios, ni yo soy fantasma, ni vos tampoco corréis ningún peligro, sino para que viniese á ayudarnos contra

los ingleses y el de Borgoña con su bien templada tizona y con sus cuerdos consejos.

— ¡Hermano mío, hermano mío! decía el rey, cuyos temores ibanse disipando, á pesar de que sus desencajados ojos y sus erizados cabellos eran prueba de que la irritación de los nervios estaba lejos de haberse calmado: ¡hermano mío!

— ¿Es posible, monseñor, que hayáis olvidado que va ya para diez años que vuestro querido hermano fué asesinado villanamente en la calle por el duque Juan de Borgoña, el mismo que en estos tiempos desgraciados que alcanzamos ha empuñado las armas contra su rey y señor como el más villano de sus vasallos? ¿No recordáis que yo soy vuestro leal y celoso defensor, y que estoy dispuesto á probarlo en cualquier tiempo y lugar con el auxilio de San Bernardo y mi espada?

Las miradas vagas del rey se fijaron lentamente sobre Bernardo; y cual si solo hubiese entendido una cosa de cuanto el condestable le había dicho, prosiguió con una voz ligeramente alterada todavía:

— ¡Ibais diciendo, primo mío, que los ingleses han desembarcadó en nuestras costas de Francia?

Sacando entonces su mula al paso la hizo tomar el camino de Vincennes.

— Sí, señor, contestó Bernardo saltando al

mismo tiempo sobre el caballo y volviéndose á poner al lado del rey.

— ¿ Dónde ?

— En Touques de Normandia. También os iba diciendo que el duque de Borgoña acaba de apoderarse de Abbeville, Amiens, Montdidier y Beauvais.

El rey suspiró.

— ¡ Cuán desgraciado soy, primo mío ! dijo estrechando con ambas manos su cabeza.

Bernardo dejó que reflexionase un momento con la esperanza de que, recobrando su razón, podría continuar con cierta formalidad una conversacion, en la que estaba tan interesada la salud de la monarquía.

— ¡ Sí, muy desgraciado ! repitió por segunda vez el rey dejando caer sus manos y su cabeza con el mayor desaliento sobre el pecho. ¿ Qué pensáis hacer para rechazar tantos enemigos á la vez ? Digo qué pensáis hacer, porque yo me siento demasiado débil para pensar en nada.

— He tomado cuantas medidas conducentes he creído las que os habéis dignado aprobar ; entre otras acabáis de nombrar al delfín Carlos teniente general del reino.

— Es verdad... Pero ya os he hecho la observación, primo mío, de que es muy joven ; apenas

cuenta quince años... ¿ Por qué no habéis preferido para tan grave cargo á su hermano Juan ?

El condestable miró al rey con la mayor admiración ; un suspiro salió de su ancho pecho, y su cabeza se movió tristemente : el rey repitió la misma pregunta.

— Jamás hubiera creído, señor, que existiesen penas humanas capaces de hacer olvidar al padre la muerte del hijo.

Estremeciósese entonces el rey, estrechó de nuevo la cabeza entre sus manos, y cuando las separó del rostro, el condestable pudo ver correr dos lágrimas por las ajadas mejillas de Carlos.

— Tenéis razón... ahora recuerdo, dijo el rey, que murió en nuestra villa de Compiègne.

Luego añadió bajando la voz :

— Isabel me ha dicho que el infeliz ha muerto envenenado... Pero ¡ silencio ! Esas son cosas que no se deben decir dos veces... ¿ Creéis vos que sea cierto ?

— Los enemigos del duque de Anjou achacan á este príncipe ese crimen, fundando su acusación en que con dicha muerte quedaba su yerno Carlos heredero inmediato al trono. Pero el rey de Sicilia es incapaz de cometer semejante atentado, mas lo ha cometido : Dios no ha permitido que recogiese

el fruto, pues que él mismo murió en Angers seis meses después de aquel de cuya muerte le acusaban.

— ¡ Muerto, muerto ! Con esa sola palabra me responde el eco cuando quiero reunir en derredor mío á mis hijos y á mis parientes : el viento que sopla en torno de los troncos es mortal, primo mío, pues que de toda esa rica familia de príncipes solo quedan el tronco viejo y el frágil retoño. Según lo que decís... mi querido Carlos...

— Manda conmigo las tropas del reino ; y siuviésemos á mano el dinero necesario para levantar otras nuevas...

— ¡ Dinero ! ¿ No tenemos acaso los fondos reservados para las urgencias del Estado ?...

— Han dispuesto de ellos, señor,

— ¿ Quién ?

— El respeto impide que mis labios pronuncien la acusación...

— Solo yo tengo derecho de disponer de esos fondos, y nadie puede apropiárselos sin que un bono firmado de mi propia mano y sellado con mi sello le autorice á ello.

— La persona, señor, que los ha sustraído se ha servido de vuestro sello real, pero no de vuestra firma, creyéndola sin duda inútil.

— Decís bien, ya me dan por muerto. El inglés y el de Borgoña se disputan el reino, y mi mujer y mi hijo se reparten mis bienes. Solo uno de los dos ha podido cometer este robo... porque es un robo apoderarse del dinero del Estado cuando tiene necesidad de él.

— El delfín, señor, respeta demasiado á su padre para partir de ligero por nada en este mundo, sin recibir las órdenes de su dueño y señor.

— De este modo la reina puede ser... suspiró profundamente. ¡ La reina ! Pues bien, yo la haré entender que es preciso me lo devuelva.

— Difícil es, pues todo ha sido gastado en dijes y joyas.

— ¿ Qué haremos entonces, pobre Bernardo mío ? No veo más medio que sacar del pueblo otro nuevo impuesto.

— Nada producirá ; están ya agotados sus bolsillos.

— ¿ No nos han quedado tampoco algunos diamantes ?

— Los de vuestra corona, y ellos son vuestro único recurso. Vuestra demasiada condescendencia con la reina está perdiendo al reino y os hace responsable á Dios de todos los desaciertos de vuestra esposa. ¿ Habéis visto, por ventura, que la miseria

pública haya disminuído su lujo?... Escandaloso es, señor; no parece sino que se va aumentando á medida que crece la pobreza general: las damas y doncellas de su servidumbre continúan siempre en el mismo pie derramando á manos llenas el oro para ataviarse, de modo que escandalizan á todo el mundo. Cada uno de los jóvenes cortesanos que la rodean lleva en los bordados de sus ropillas con que pagar un año entero á todas las tropas. Bajo pretexto de los peligros que pueden hacerle correr las turbulencias de la guerra, ha pedido una guardia inútil al Estado, y el Estado paga esta guardia. Sus comandantes Graville y Giac reciben cada día nuevos regalos de joyas y plata. Tanto derroche, señor, hace murmurar á los hombres de bien.

— Condestable, dijo el rey con el tono de un hombre que conoce que ha escogido muy mala ocasión para dar una noticia, pero que sin embargo no puede callarla por más tiempo: condestable, he prometido ayer nombrar capitán del castillo de Vincennes al caballero de Bourdón: espero que me presentéis su nombramiento á la firma.

— ¡Es posible, señor, que hayáis hecho semejante promesa!

Y los ojos del condestable centellearon.

El rey murmuró un sí, casi ininteligible, como

un niño que conociendo que ha obrado mal teme que le riñan.

Llegaban á la sazón cerca de la cruz Faubin, y el camino que se prolongaba ya en línea recta permitía á la vista extenderse y distinguir á alguna distancia un caballero joven puesto con toda la elegancia del día, que venía hacia el poco numeroso grupo con quien hemos viajado. Su caperuza azul (este era el color de la reina) flotaba elegantemente sobre su hombro izquierdo, y formando una especie de banda, venía á caer sobre su mano derecha; á la que servía de entretenimiento. Traía por toda arma pendiente en su costado una espada de acero bruñido, tan ligera, que más parecía adorno que defensa; vestía una corta y flotante tunicilla de terciopelo carmesí, bajo de la que se veía una ropilla de terciopelo azul resplandeciente con mil bordados, y que sujeta al cuerpo con un cordón de oro, marcaba su esbelto talle: un pantalón ajustado de tela color de sangre de toro, unos zapatos de terciopelo negro de tan larga y retorcida punta, que costaba vencer no pequeña dificultad pasarlos por los estribos, completaban este traje, que podía servir de modelo al más apuesto y rico cortesano. Si á este traje se agrega una cabeza poblada de rubios y enortijados cabellos, un rostro risueño é

indolente y unas manos de mujer, se tendrá acabado el retrato del caballero de Bourdón, favorito, según unos, y amante, según otros, de la reina

Largo trecho antes de llegar le conoció el condestable, el que aborrecía á Isabel, porque combatía su influencia con el rey. Sabiendo, pues, muy bien que Carlos era celoso, resolvió aprovecharse de la ocasión que se le presentaba para llevar á cabo la ejecución de un gran proyecto político : el destierro de la reina. Mas ninguna alteración de su rostro anunció que hubiese reconocido al caballero que se acercaba.

— Deseo que hagáis saber á ese joven que he confirmado su nombramiento, añadió el rey ; ¿ no es verdad, querido primo ?

— Es muy probable que lo sepa ya.

— ¿ Quién puede habérselo dicho ?

— La misma persona que os lo ha pedido con tanto interés.

— ¿ La reina ?

— Tiene tal confianza en el valor de ese caballero, que no ha tenido bastante paciencia para esperar que recibiese su despacho de capitán para confiarle el mando de la guardia del castillo.

— Qué es lo que decís ?

— Precisamente aquí lo tenéis, señor.

— ¡ El caballero de Bourdón !...

— El rey palideció : las sospechas corroían su corazón.

— Sin duda habrá pasado la noche en palacio, pues es imposible que haya salido tan de madrugada de París para estar ya de vuelta de Vincennes.

— Decís bien, conde ; ¿ qué se dice en mi corte de ese joven ?

— Que tiene mucho partido con las damas y que no desperdicia tamaña felicidad. Algunos pretenden que no ha encontrado una sola que se le resista.

— ¿ Sin exceptuar á ninguna ?

— Ninguna.

El rey se quedó tan pálido, que el conde alargó los brazos creyendo que se iba á caer. Carlos los empujó suavemente.

— ¿ Será esa, por ventura, la causa, dijo con ahuecada voz, que le ha hecho desear que se le confiase la guardia del castillo ? ; Joven insolente ! Y su caperuza es azul, ¿ no es verdad ?

— Es el color de la reina.

Estaba ya el caballero de Bourdón tan cerca de ellos en aquel momento, que se oían las palabras de la canción que venía cantando. Sin duda la presencia del rey y del conde no le pareció motivo suficiente para interrumpir su melodiosa ocupa-

ción, pues se contentó con separar gallardamente su caballo y saludar inclinando ligeramente la cabeza al emparejar con el rey.

La cólera dió por un instante al anciano toda la energía de su juventud; y parando de repente su montura exclamó con voz fuerte:

— ¡Pie á tierra, niño! ese no es modo de saludar al rey. ¡Pie á tierra, saludad cual debéis!

El caballero de Bourdón, en vez de obedecer esta orden, hincó ambas espuelas en los ijares de su caballo, el que en cuatro botes lo puso á veinte pasos del rey. Al ver que le separaba ya cierta distancia, volvió á poner al paso el caballo y continuó su canción cual si nada hubiera pasado, empezando desde donde la había suspendido la brusca alocución de Carlos VI.

El rey dijo algunas palabras al conde Bernardo; y éste, volviéndose hacia su pequeña escolta:

— Tanneguy, dijo dirigiendo la palabra al preboste de París, que traía en su compañía dos de sus guardias armados de punta en blanco, prendedme ese hombre: el rey lo manda.

Tanneguy hizo una señal, y los dos guardias se lanzaron tras del caballero de Bourdón.

No se le habían ocultado á éste semejantes preparativos hostiles, aunque al parecer toda la

atención que prestaba se reducía á volver de vez en cuando la cabeza. Sin embargo, cuando vió que los dos guardias se dirigían hacia él no pudiendo conservar duda alguna sobre el motivo que los traía, detuvo su caballo y les hizo frente: apenas distaban diez pasos de él.

— ¡Hola, señores míos! exclamó: si venís en busca mía, os aconsejo que no deis un paso más, á menos que no vengáis ahora mismo de ponerlos bien con Dios.

Los dos guardias sin contestar continuaron su carrera.

— ¡Ah! ¡ah! parece, señores guardias, que nuestro señor el rey es algo aficionado á los torneos en despoblado.

Los dos guardias estaban tan cerca del caballero, que alargaban ya los brazos para apoderarse de él.

— Poco á poco, caballeros, dijo haciendo dar un salto hacia atrás á su fiel compañero: ¡poco á poco!... permitidme que tome yo también una razonable distancia.

Al pronunciar estas palabras sacó su caballo á un galope tan rápido, que hizo creer en un principio que encomendaba á sus piernas la salvación de su vida: los dos guardias se habían penetrado de tal modo que toda persecución sería inútil, que

se quedaron estupefactos en el mismo sitio, siguiéndole con la vista y sin acordarse de gritarle siquiera que se detuviese. Su admiración se redobló cuando al cabo de algunos segundos le vieron volver cara y dirigirse á la carrera sobre ellos.

Un momento le había bastado al caballero de Bourdón para hacer sus preparativos; eran tan sencillos como fueron breves. Cuando se volvió traía la banda flotante que hemos dicho caía de su capuz rodeada al brazo izquierdo á manera de escudo, y su mano izquierda agitaba la corta espada, en la que se veían esas estrias destinadas á escurrir la sangre; las bridas estaban sujetas al pomo del arzón de la silla del caballo, que obedeciendo cual si estuviera dotado de inteligencia á la presión de las piernas del jinete, dejaba en plena libertad los brazos de su caballero, el que era evidente no tardaría en valerse de ellos.

Los guardias no supieron al pronto si aceptar ó no el combate: habían recibido orden de prender el caballero de Bourdón, pero no de matarle, y los preparativos de éste les parecían bastante decisivos para indicar claramente que estaba dispuesto á no caer vivo en sus manos. Al ver su indecisión se aumentó más y más la temeridad del joven.

— Ea, pues, camaradas: daga en mano, y á

quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

Los dos guardias desenvainaron sus espadas y se abalanzaron sobre el caballero, dejando entre los dos un pequeño espacio con objeto de atacar cada uno por su lado. Una mirada bastó al caballero para conocer que podía pasar entre sus dos enemigos: hundió, pues, sus afiladas espuelas en los ijares del caballo, que partió con la rapidez del viento. Al ver las espadas de sus contrincantes á corta distancia de su pecho, se echó rápidamente sobre el cuello del caballo, como si hubiese querido coger algún objeto del suelo sin abandonar los estribos, de modo que su cuerpo formó una línea casi horizontal, sosteniéndose en las crines con la mano derecha, al mismo tiempo que agarrando fuertemente con la izquierda una de las piernas de sus enemigos, lo levantó con tal violencia, que dió con él en tierra por el otro lado del caballo: las cuchilladas de los dos guardias hirieron tan solo el viento.

Cuando el que acababa de dar esta prueba de habilidad se volvía, vió al guardia que acababa de derribar colgado del estribo, en el que se le había enredado el pié, y del que iba arrastrado: el caballo corría con tanta velocidad, cuanto más le asustaba el ruido que hacía la armadura botando sobre el pavimento. Los gritos del desdichado no

contribuyeron poco á aumentar el espanto del fogoso animal. Todos los espectadores de aquel combate respirando apenas, el corazón comprimido, con los brazos extendidos como si de este modo pudiesen detener el caballo, se estremecían á cada nuevo ruido que el viento les traía de los botes que el desdichado iba dando con las piedras. Una nube de polvo levantaba el caballo, entre la que se veían las chispas que la armadura producía al chocar con los pedernales, y de trecho en trecho iba dejando pedazos de coraza, en los que reflejaban los rayos del sol. Aquel chischás horroroso fué oyéndose cada vez menos, bien fuese por la distancia, ó ya porque solo chocase con el pavimento la carne y huesos del infeliz, hasta que al revolver el camino desaparecieron caballo y caballero como una visión. Los pechos respiraron entonces con más facilidad, y los labios del condestable pronunciaron segunda vez estas palabras :

— Tanneguy, prended ese hombre : el rey lo manda.

Al oír el segundo guardia esta nueva orden cargó sobre el caballero con una rabia, que la muerte horrorosa de su compañero había aumentado hasta lo infinito ; por lo que hace al caballero, parecía estar absorto con la vista del espectáculo que hemos

procurado describir ; tenía clavados los ojos en el paraje por donde habían desaparecido caballo y caballero, y á juzgar por su exterior, se podía asegurar que no había creído en un principio que fuese de tal gravedad el comprometido. Y solo al ver relucir sobre su cabeza una especie de relámpago volvió en sí ; era la espada que su segundo enemigo teníaalzada con ambas manos : entre esta espada y la frente apenas había dos pies, y apenas un segundo entre la cuchillada y la muerte ; un bote hacia delante colocó al caballero tocando al lado del soldado, el que empujado sobre sus estribos y con las manos levantadas detrás de la cabeza, iba ya á descargar una atroz cuchillada. El caballero, lanzándose sobre él, sujetó sus brazos y su cabeza, sacudiéndole con una fuerza de que jamás se le hubiera creído capaz, y con tal habilidad, que al primer esfuerzo logró echarlo de espaldas sobre la grupa del caballo ; sujetándolo en aquella postura buscó con rápida mirada un paso para la muerte en aquel hombre forrado de hierro.

La posición combada en que el guardia estaba, había levantado el gorjal de su casco, y solo una espada tan fina como la del caballero podía pasar por el estrecho hueco que había entre las dos de

acero. Dos veces pasó en efecto, y dos veces salió sangrienta; y cuando soltó la cabeza y los brazos de su adversario que tenía sujetos con la mano izquierda, y cuando sacudió su espada, salió del casco del soldado un triste gemido, anunciando que había dejado de existir.

Habíase quedado Bourdón en medio del camino dando frente á la comitiva del rey, desde donde se estaba burlando de ella y desafiándola. Duchatel dudaba si renovaría ó no á los hombres que le acompañaban la orden de prenderle; y estaba deliberando allá en sus adentros si sería más acertado que él mismo desempeñara aquella comisión, cuando el conde de Armañac, cansado con tanta tardanza, hizo una señal. La pequeña comitiva se abrió para dejarle paso: el gigante se dirigió lentamente hacia el caballero, y diez pasos antes de llegar á él se paró.

— Caballero de Bourdón, le dijo con una voz en la cual le era imposible distinguir la menor emoción, caballero de Bourdón, en nombre del rey, vuestra espada; si no habéis querido entregarla á dos soldados oscuros, tal vez os parecerá menos humillante rendirla al condestable de Francia.

— Solo la rendiré, respondió Bourdón con altanería, al que se atreva á venir por ella.

— ¡ Insensato ! murmuró el conde.

En el mismo instante y con un movimiento tan veloz como el pensamiento, soltó del arzón de la silla la maza de armas de que ya hemos hablado: la pesada arma, después de haber dado vueltas al derredor de la cabeza como una honda, se escapó de su mano con el silbido y rapidez de la piedra lanzada por una máquina de guerra, y fué á doblarse como un junco en la cabeza del caballo: el animal, al recibir este golpe mortal, se empinó sangriento sobre su cuarto trasero, y después de haber permanecido un instante en pie sin acabar de caer, dió consigo y con su caballero en tierra, donde quedaron ambos tendidos.

— Recoged ese niño, dijo Bernardo.

Y volvió con la mayor tranquilidad á colocarse al lado del rey.

— ¿ Ha muerto ? preguntó éste.

— No, señor; creo que está tan solo desmayado.

Tanneguy confirmó lo que acababa de decir el condestable. Traía los papeles hallados al caballero de Bourdón, y entre ellos una carta, cuyo sobre estaba escrito de puño y letra de Isabel de Baviera. El rey se apoderó de él convulsivamente, visto lo cual por ambos señores, se apartaron por discreción, siguiendo con la vista la alteración que se

aumentaba por momentos en el rostro de Carlos VI. Muchas veces durante la lectura enjugó éste el sudor que corría por su frente; y cuando la hubo concluido, después de haberla roto y arrojado sus mil pedazos al viento, dijo con una voz sorda cual si saliese de un cadáver:

— ¡El caballero á los calabozos del gran Chatelet! ¡ la reina á Tours! y yo... yo á la abadía de San Antonio. No me siento con fuerzas para volver á París.

Estaba, en efecto, tan pálido y temblaba tanto, que parecía iba á morir.

Algunos instantes después, y según las órdenes del rey se dividió su pequeña comitiva en tres grupos formando un triángulo: Dupuy, partidario decidido de Bernardo, y dos capitanes se dirigieron á Vincennes para intimar á la reina la orden de su destierro; Tanneguy Duchatel se volvió á París con el preso, que continuaba desmayado; y el rey, que se había quedado solo con el condestable, se encaminó á campo través á la abadía para pedir á los monjes un asilo, paz y oraciones.

XVII

Perrinet Leclerc.

Mientras que se abren las puertas de la abadía de San Antonio para recibir al rey, las de las cárceles del Chatelet para encerrar al caballero de Bourdón, y mientras que Dupuy hace alto un cuarto de legua antes de llegar á Vincennes para esperar el refuerzo de tres compañías de guardias que le envía Tanneguy Duchatel, transportaremos á nuestro lector al palacio que habita Isabel de Baviera.

En aquellos tiempos de turbulencia, en que era muy frecuente andar á cuchilladas en un baile y muy común el salpicar con sangre un festín, era Vincennes una fortaleza y una quinta de recreo á la